

# Agatha Mystery

Primera edición: marzo de 2011  
Segunda impresión: octubre de 2011

Título original italiano: *L'enigma del faraone*

Textos: Sir Steve Stevenson  
Editing: Mario Pasqualotto  
Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi  
Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: Cristina Sans  
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir  
Dirección editorial: Iolanda Batallé i Prats

Proyecto editorial de Dreamfarm s.r.l., via De Amicis, 53 - 20123 Milan, Italia

© 2010 Instituto Geografico de Agostini, S.p.S., Novara, por la edición italiana

© 2011 Paulino Rodríguez, por la traducción

© 2011 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana  
Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia. [foreignrights@atlantyca.it](mailto:foreignrights@atlantyca.it), [www.atlantyca.com](http://www.atlantyca.com)

La Galera, SAU Editorial  
Josep Pla, 95  
08019 Barcelona  
[www.editorial-lagalera.com](http://www.editorial-lagalera.com)  
[lagalera@grec.com](mailto:lagalera@grec.com)

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Polig. Ind. Can Salvatella.  
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-34434-2011  
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-3642-5

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

# EL ENIGMA DEL FARAÓN

Ilustraciones de  
Stefano Turconi

Traducción de Paulino Rodríguez



# PRIMERA MISIÓN

## PARTICIPANTES



*Agatha*

Doce años, aspirante a escritora de novela negra; tiene una memoria formidable.



*Larry*

Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.



*Mr. Kent*

Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.



*Watson*

Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.



*Tía Melania*

Vive en una suntuosa villa de Luxor y... ¡cría dromedarios!

# DESTINO: EGIPTO - VALLE DE LOS REYES



## OBJETIVO

Recuperar una antigua tablilla robada que contiene las indicaciones para llegar a la tumba de un faraón maldito.

*Dedicado a mi excéntrica familia*

Doy las gracias a Pierdomenico Baccalario y a Elisa Puricelli Guerra por sus incontables gestos de ánimo, las argucias técnicas y la asistencia moral. ¡Si un día se llega a considerar delito, seréis acusados de amabilidad, chicos!



En lo más alto del Baker Palace, en el piso quince, había una gran terraza repleta de paneles solares. En el centro se alzaba un ático cuadrado y macizo como un búnker. Tras las ventanas de vidrios opacos se entreveía una única habitación en la que reinaba un desorden atroz: cables, monitores, antenas y aparatos electrónicos de última generación compartían el espacio con bolsas de basura, cajas de pizzas y ropa tirada de cualquier manera por todas partes.

El único habitante del ático era un chico de catorce años, larguirucho y de pelo negro, que roncaba despatarrado sobre un sofá. Por la noche,

## PRÓLOGO



había dejado conectados sus siete ordenadores para descargar datos provenientes de medio mundo y, en la penumbra, las luces intermitentes de los LED brincaban sobre su cara.

Fuera del apartamento, Londres permanecía envuelto en una neblina lechosa. Aquel año, el verano abrasaba a los turistas con una tórrida opresión, y el Támesis parecía una cinta de alquitrán reluciente.

No muy lejos del Baker Palace, el Big Ben daba las seis de la mañana.



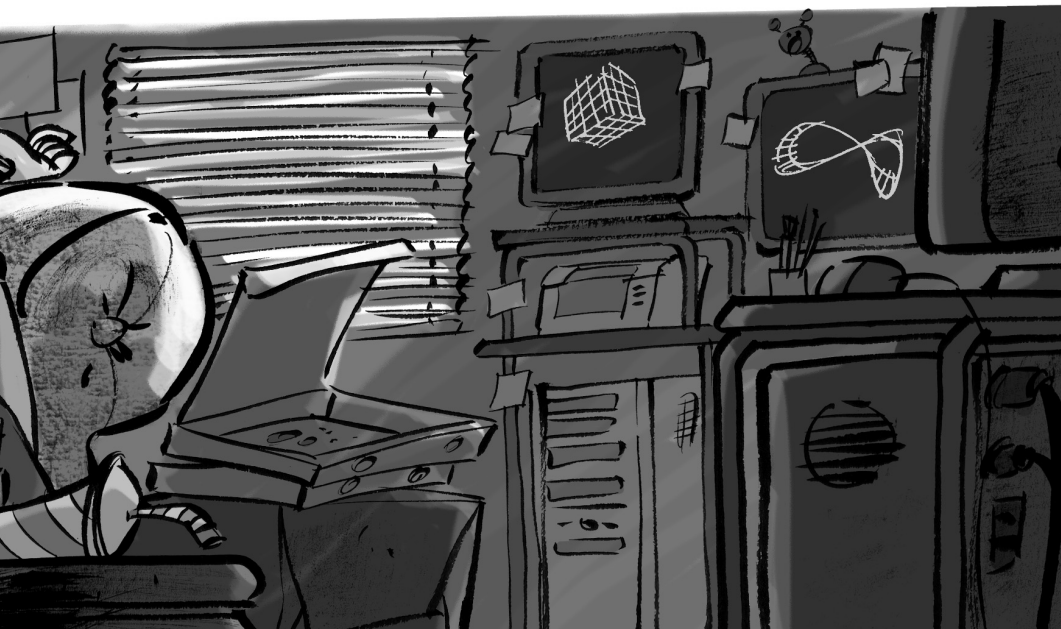




Larry Mystery no oyó los repiques de la campana y siguió durmiendo como un tronco.

Él no era un joven madrugador. Prefería no hacer nada durante todo el día y empezar a estudiar cuando caía la noche, a ser posible con la minicadena sonando a toda pastilla. Sus notas escolares no dejaban lugar a la duda: Larry obtenía buenos resultados en informática y era un desastre en todo lo demás.

—En vez de asistir a esa escuela tan extravagante, podrías estudiar qué sé yo, ingeniería





—protestaba su madre—. ¡En la familia Mystery faltan ingenieros!

Larry, encogiéndose de hombros, le contestaba:

—Te olvidas del abuelo Angus, mamá. Trabaja en el CERN de Ginebra, estudia las micropartículas subatómicas, es genial.

Y la conversación acababa con su madre diciendo entre suspiros:

—Es un científico, no un ingeniero *normal*. ¡Todos los Mystery tenéis el vicio de dedicaros a las ocupaciones más estrafalarias!

Tras su divorcio, la madre de Larry hablaba de los Mystery como de una familia de chiflados; empezando por su ex marido, Samuel Mystery, campeón de curling, una disciplina olímpica practicada por muy pocos deportistas, y siguiendo con los demás parientes: ¡una interminable lista de extravagantes!

5.15: segundo intento. En un monitor se encendió el mensaje ALARMA ROJA, acompañado de las sire-



nas de *Star Trek* y de una voz metálica que repetía incesantemente: «¡A los botes salvavidas!».

Esta vez, la cara del chico fue el blanco de unos láseres estroboscópicos, como si la habitación se hubiese convertido en el puente de una astronave. Pero todo fue en vano: Larry dio media vuelta y hundió la cabeza en la almohada. Pocos segundos después volvía a roncar profundamente.

6.30: último intento. Primero sonó el despertador del teléfono, varias veces, y las persianas subieron zumbando, mientras la minicadena disparaba a todo volumen el éxito del momento. Después, el vecino golpeó la puerta gritando:

— ¡Que esto no es una discoteca, gandul!

Pero nada.

Finalmente, a las 6.36, en medio de aquel infernal guirigay, se oyó un insignificante BLIP. Salía de un artefacto de titanio parecido a un móvil colgado de la pared por un fino cordel, justo sobre el sofá.



El débil BLIP sonó en los oídos de Larry como un cañonazo.

Sin levantarse, el chico alargó la mano y cogió el artefacto. Con un rápido movimiento, se lo puso ante los ojos medio cerrados. Apretó un par de botones y en la pantalla apareció un inquietante mensaje.

Larry lo leyó de un tirón, y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Hoy? —gritó—. ¡Imposible!

Se levantó de un salto y miró a su alrededor. Un desastre. Recogió varios mandos y apagó alarmas, timbres y altavoces.

—No hay tiempo para ordenarlo todo. Tengo que..., tengo que..., ¿qué tengo que hacer? —exclamó.

Se sentó en el brazo de una silla y pulsó velozmente los teclados de los siete ordenadores, que volvieron a la vida con blancos destellos.

—¡Ah, oh! ¡Le enviaré un correo! —dijo en voz alta—. Pero ¿lo leerá a tiempo Agatha?



Consultó otra vez el mensaje que había aparecido en el artefacto e hizo una mueca de dolor.

— ¡No, no puedo! ¡Si tienen mi correo bajo control, será el fin!

¿Adónde había ido a parar el móvil? Lo encontró entre unas cajas de hamburguesas vacías y recorrió febrilmente la agenda.

— Adams... Adrian... ¡Oh, Agatha, es ella!

Estaba a punto de marcar el número.

De repente se detuvo. ¿Y si habían colocado un micrófono en el móvil? ¡Siempre eran los mejores en estas cosas!

— No te pongas nervioso, Larry — susurró para sí mismo—. Piensa, reflexiona, medita: ¿cómo puedo avisar a Agatha sin que *ellos* se enteren?

Estuvo un minuto jugueteando con el cabello, y se decidió. Salió a la terraza, abrió la portezuela de la pajarera y cogió a su paloma de confianza.

— ¡Ha llegado el momento de que te pongas en marcha! ¡Los primos Mystery te necesitan!



Recorriendo a vuelo de pájaro la periferia londinense, el pálido color gris de los edificios se interrumpe con una inesperada mancha verde: más de una hectárea de floridos prados, plácidas fuentes, estanques con nenúfares, huertos botánicos y tranquilos senderos arbolados.

En el parque se alza una vieja mansión victoriana de tejado azul, la Mystery House, la residencia de Agatha Mystery, de doce años, y sus padres.

Agatha paseaba en zapatillas y bata, esquivando los chorros giratorios del sistema de riego. El olor a hierba recién segada le producía agradables cosquillas en la nariz.



Una nariz pequeña y respingona, herencia de la familia Mystery.

La muchacha llevaba en la mano una taza de té humeante que saboreaba a pequeños sorbos. Era de calidad Shui Xian, de color calabaza claro, con un regusto afrutado. En una palabra: excelente.

Avanzó a paso ligero por el camino y llegó a una glorieta; allí se sentó en un balancín de color lila y dejó la taza al lado de una pila de cartas. Eran publicidad, recibos pendientes de pago y las típicas y melindrosas postales de vacaciones de sus amigas. Agatha ni siquiera se tomó la molestia de leerlas.

De reojo, vio un paquete a los pies de la mesa. Estaba cubierto de sellos, matasellos y timbres postales.

¿Qué contendría?

—¿Mister Kent? —gritó Agatha.

El mayordomo de Mystery House asomó la cabeza por detrás de un macizo de hortensias,



armado con unas gigantescas tijeras de jardín. Estaba cortando las ramas rebeldes, vestido con un esmoquin negro que parecía más adecuado para una noche de gala.

—Buenos días, miss Agatha. —Mister Kent agitó las tijeras e insinuó una sonrisa sin mover su mandíbula de granito. Era la máxima expresividad que se podía esperar de un ex boxeador profesional como él.

—¿Y esto? —le preguntó Agatha alzando el misterioso paquete—. ¿De dónde ha salido?

—De los Andes, miss Agatha.

—¡Entonces lo envían mamá y papá!

La muchacha no perdió más tiempo: se sentó con las piernas dobladas y empezó a desenvolver el paquete. Al hacerlo, observó más detenidamente la secuencia de timbres postales.

—El primer timbre es de Laguna Negra, en Perú —dijo en voz alta. Levantó la vista, sonriente—. Ellos están allí ahora, ¡a cuatro mil metros de altitud!